

APORTACIONES DE CARMEN LAFORET SOBRE LOS ISLEÑOS DE LuisIANA

CONTRIBUTIONS OF CARMEN LAFORET ON THE ISLANDERS OF LOUISIANA

Francisco J. Quevedo García*

Recibido: 2 de junio de 2016
Aceptado: 29 de junio de 2016

Cómo citar este artículo/Citation: Quevedo García, F. J. (2017). Aportaciones de Carmen Laforet sobre los isleños de Luisiana. *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 63: 063-021. <http://anuariosatlanticos.casadecolon.com/index.php/aea/article/view/9927>

Resumen: Uno de los asuntos más interesantes en torno a la emigración canaria hacia América la constituye la de los canarios que se instalaron en Luisiana. Este territorio formaba parte del reino de España y necesitó de la presencia de emigrantes canarios para su población y su desarrollo. Carmen Laforet, la novelista nacida en Barcelona, pero criada y educada en Canarias, lleva a cabo un viaje a los Estados Unidos, donde coincide con los descendientes de aquellos canarios que llegaron a Luisiana, los llamados isleños. Su testimonio es un aporte relevante para el estudio de esa comunidad canaria que hizo historia.

Palabras clave: Carmen Laforet, literatura, viaje, emigración, islas Canarias

Abstract: One of the most interesting issues around the Canary emigration to America is the issue of the canaries that were installed in Louisiana. This territory was part of the Kingdom of Spain and required the presence of canary emigrants for its population and development.

Carmen Laforet, the novelist born in Barcelona, but was raised and educated in the Canary Islands, traveled to the United States where coincides with the descendants of those canaries that arrived in Louisiana, they were called islanders. Their testimony is an important contribution to the study of that community canary that made history.

Keywords: Carmen Laforet, literature, travel, emigration, Canary Islands

HACIA AMÉRICA

En la primavera de 1965, la escritora Carmen Laforet asiste a una conferencia de su colega Miguel Delibes, con el que mantenía una relación de respeto y consideración mutua. Pocos días antes había regresado de París, adonde había viajado con la esperanza de sacudirse de encima un conflicto que la desasosegaba enormemente. Por un lado, necesitaba encontrar huecos, oasis y espacios sosegados para poder terminar de redactar *Al volver la esquina*, que se le resistía desde hacía tiempo y que su editor José Manuel Lara le solicitaba para atender a unos lectores desconcertados por su irregularidad creativa. Por otro lado, era consciente de su condición de madre de cinco hijos a los que desea atender —ella que vivió y sufrió de manera angustiosa la terrible experiencia de la muerte de su madre a punto de cumplir los trece años—, y también es sabedora de que su matrimonio con Manuel Cerezales estaba viviendo una situación muy complicada.

* Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Departamento de Filología Española, Clásica y Árabe. Facultad de Filología. C. Pérez del Toro, 1. 35003. Las Palmas de Gran Canaria. España. Teléfono: +34928458936; +34628408449; correo electrónico: franciscojuan.quevedo@ulpgc.es

En esa conferencia del escritor vallisoletano se entusiasmó con el relato que la esposa de aquel le hizo de la experiencia que habían vivido en los Estados Unidos, donde habían sido invitados por el Departamento de Estado. Como si de una premonición se tratara, pocos días después recibiría ella la misma invitación, la de Internacional Visitor, a través de la embajada del país americano en España. Carmen Laforet no tuvo duda alguna, la aceptó de inmediato. En este caso, ni siquiera se planteó los Estados Unidos como un lugar ideal, muy alejado de España y de sus problemas personales, para seguir con la escritura de *Al volver la esquina* que pospone para la vuelta. Desde el primer momento, la invade un placentero frenesí por disfrutar a fondo de esa experiencia, de ese primer viaje a los Estados Unidos, de esa primera experiencia en cruzar el charco. Tal es su fervor en gozar en su máxima extensión del viaje, que descarta el avión y elige el barco. Más lento, más calmado, sobre el océano Atlántico que ella conocía muy bien, pues vivió en Gran Canaria desde los dos hasta los dieciocho años, y el mar siempre le fue muy cercano; las playas de La Laja y Las Canteras fueron lugares muy ligados a su niñez: “A mediodía, después de las clases podía quedarme —por ejemplo— en la playa —solitaria entonces en invierno, aunque no hay invierno en Canarias— y nadar un rato, en vez de volver a casa a la sagrada hora de la comida familiar”.¹ Recuperaba Laforet las ansias de aventura que siempre poseyó, además con la complicidad de la soledad, un aliado muy querido para la autora. Viajaba sola, sin ningún familiar o acompañante, a los Estados Unidos, con el reconocimiento palpable de ser invitada de honor del país, para recorrerlo circularmente, un periplo extenso que le permitiría conocer de primera mano los paisajes y sus gentes:

A mediados de septiembre Laforet emprendía su magnífica aventura. En su agenda, el itinerario no podía ser más escogido, de la costa Este a la costa Oeste: Nueva York, Washington, Filadelfia, Boston, Chicago, Springfield, Kansas City, Boise (Idaho), San Francisco, cañón del Colorado, Santa Fe, Houston, Nueva Orleans, cabo Kennedy, San Agustín y de nuevo Nueva York. El viaje, que realizaría acompañada de una intérprete (no siempre la misma),² le suponía una excelente oportunidad económica. Le habían llovido las ofertas. Dos revistas se mostraron interesadas en publicar sus experiencias del viaje y finalmente sería la *Actualidad Española* la que le contrataría los artículos que, en principio, debía escribir al hilo de su aventura americana.³

En septiembre de 1965, pues, embarca Carmen Laforet hacia los Estados Unidos; en cierta manera se revela en este viaje un paralelismo con aquellos que marcaron en la leyenda el mito de El Dorado. Por supuesto que su intención no es cubrirse de oro en las Indias, aunque, como señalan Caballé y Rolón, sus crónicas fueron bien pagadas por *Actualidad Española*. Esas crónicas fueron el germen de *Paralelo 35*, el libro en el que la autora cuenta su experiencia americana. El título, paradójicamente, la vuelve a acercar a las islas donde creció y a las que toda su vida se sintió unida, ya no solo por lazos familiares y por las amistades que mantuvo, sino por su conexión telúrica con el espacio insular que idealizó toda su vida. Tengamos en cuenta que su segunda novela, después del éxito absoluto que obtuvo en 1945 con *Nada*, fue *La isla y los demonios*, publicada en 1952. Desarrollada precisamente en Gran Canaria

1 ROLÓN BARADA, I. (2007), p. 88.

2 A su llegada a Nueva York, le fue encomendada una intérprete, Miss P. B.; esta nunca llegó a congeniar bien con la autora. En Illinois, fue reemplazada por Eliana, con la que la complicidad fue manifiesta hasta el final del viaje en Nueva York. Leemos en uno de los testimonios de *Paralelo 35*:

Mis P. B. había leído mis novelas. Gracias a eso tenía una idea completamente equivocada de mi personalidad y cortésmente me hacía notar muchas veces que tal o cual reacción mía no estaba de acuerdo con los personajes de mis libros. Sobre todo, la desconcertaban mi sentido del humor y mis risas. Según ella, yo debía ser más bien trágica. Esa atención a mi manera de ser era una amabilidad semejante a la que yo tenía con ella cuando me empeñaba en hablarle en polaco. Las dos nos fastidiábamos mutuamente con estas cosas. Cuando miss P. B. fue relevada en Springfield (Illinois) por la joven Eliana, y ésta manifestó el deseo de comprar mis libros, le prohibí que leyese ni una sola línea escrita por mí, al menos hasta que yo estuviese a cien mil leguas. LAFORET (1976), p. 15.

3 CABALLÉ y ROLÓN (2010), p. 307.

manifiesta no solo el conocimiento de la autora de la fisonomía de la isla, sino del ámbito sociocultural que la define.⁴

Fue José Manuel Lara, su editor, el que la convence de cambiar el título que tenía en mente la autora, *Mi primer viaje a USA*, por el de *Paralelo 35*, idea del propio Lara, que lo encontraba a todas luces más interesante y prometedor; también más novelesco, aunque se tratara de un conjunto de crónicas de viajes. En el inicio del pequeño prólogo que antecede al texto, la autora da cuenta de las razones que esgrimió Lara:

El paralelo 35 resume, en su número, la media de los paralelos que cruzaron mis trenes y autobuses en un largo recorrido por Estados Unidos. Y, por misteriosas razones editoriales, para mí incomprensibles, según el editor los libros en cuyo título aparece esta palabra, son libros de suerte.⁵

El paralelo 35 cruza la Macaronesia, cuyo significado etimológico es el de “Islas Afortunadas”. Está compuesta por cinco archipiélagos: Azores, Madeira, Canarias, Cabo Verde y las islas Salvajes. El punto más al norte de Canarias roza el paralelo 30. En esta zona macaronésica se cimenta uno de los mitos más importantes de la cultura occidental, la Atlántida, sumergida por un cataclismo del que sobrevivirían, como rescoldos de aquel lugar poderoso y fantástico, las islas citadas. Como hemos expuesto, Carmen Laforet fue ajena a la elección del título de *Paralelo 35*, pero el destino quiso que se enlazara con el lugar en el que se crio. También el destino la condujo en su particular viaje a El Dorado americano a encontrarse con los canarios de Luisiana, a los que dedica unos fragmentos en el libro que no dejan lugar a dudas de su conexión isleña.

No se enriqueció monetariamente Carmen Laforet en América; pero, de modo alegórico, sí que encontró un El Dorado en cuanto a la asunción de un espectáculo grandioso que encuentra por doquier y, sobre todo, a la grata experiencia de sentirse en libertad en una nación donde, de forma oficial, no existe la censura y la cultura es libre en todas sus formas. Hay que contextualizar el periodo. Si aún hoy en día, el país americano goza de un poderío económico y militar indudable, para la empobrecida España de posguerra su imagen era, efectivamente, la constatación de aquel mito perseguido por Lope de Aguirre. Téngase en cuenta que las relaciones bilaterales de Estados Unidos con el régimen del general Franco, tras el primerizo distanciamiento con el bastión fascista que queda en Europa después de la II Guerra Mundial, se hacen patentes desde 1953 con el Pacto de Madrid, en el que se ceden terrenos para las bases militares americanas a cambio de una ayuda económica que contribuyó a sufragar la lamentable situación en la que sobrevivía la sociedad española tras la Guerra Civil. A partir de ahí, ese vínculo se acrecienta con la incorporación de España en 1955 en la Organización de Naciones Unidas. La Guerra Fría contra el comunismo encuentra un excelente aliado en el régimen franquista que, muy lejos de levantar el pie de su marchamo ideológico, ahora se ve más afianzado y cobra incluso una posición más fuerte.

Los españoles se sienten atraídos por esos Estados Unidos que irradian su grandeza en alta voz. Lo americano es colosal, gigantesco, espectacular. Allí se construyen los rascacielos, los edificios más grandes del mundo; también circulan los coches más imponentes. Y, además, poseen unos lagos, unos ríos, unas cataratas, unas montañas descomunales. A esta visión contribuye, sin lugar a dudas, el cine, uno de los grandes medios de comunicación de masas del siglo XX. Aunque en España la recepción de películas está condicionada por la censura política, esta no puede evitar la asimilación de los ambientes, de los espacios, de las temáticas propias de la nación americana. De hecho, uno de las paradas obligadas de Carmen Laforet es Hollywood: “Después de comer dimos un paseo en coche por las famosas colinas de Beverly Hills y Hollywood, que hoy son barrios de Los Ángeles. Tradicionalmente viven allí millonarios y artistas de cine”.⁶ Sin embargo, desde el punto de vista cultural, lo más cautivador para nuestra

4 Véase para su identificación con Canarias sus obras *Grand Canary* (1961), *La isla y los demonios* (2005) y “Puerto de La Luz” (2008); los textos de sus hijos Agustín (1982), Manuel (2008) y Cristina (2009); así como los trabajos, entre otros, de María del Pilar Palomo (1958), Roberta Johnson (1981), Teresa Rosenvinge (2004), Benjamín Prado (2004 y 2006), María Dolores de la Fe (2005), Manuel González Sosa (2008), Gustavo Martín Garzo (2008), Anna Caballé e Israel Rolón (2010), Antonio de Béthencourt Massieu (2012) y Francisco J. Quevedo (2012).

5 LAFORET (1976), p. 15.

6 LAFORET (1976), p. 156.

autora es poder contemplar verdaderos centros de conocimiento como la Biblioteca del Congreso —“ese impresionante cerebro del mundo con sus dieciséis inmensas salas de lectura, sus archivos perfectos, donde se encuentran todos los libros de todas las materias y en todas las lenguas imaginables”⁷—, o la NASA, que también visita con desbordante interés —“En el «museo», entre el verdor del campo, hay distintos modelos de «polaris» y un cohete propulsor, gemelo del gran Titán que llevó dos hombres al espacio”⁸.

Cabe destacar, en este próspero recorrido cultural, el encuentro de Carmen Laforet con la diáspora intelectual de la posguerra española emigrada a los Estados Unidos. Entre tantos personajes exiliados descuella uno por encima de todos, Ramón J. Sender, con el que la autora mantuvo una reveladora correspondencia epistolar⁹. Israel Rolón da cuenta de este capítulo de su viaje estadounidense:

[...] vale la pena recordar que tuvo ocasión de conocer o saludar a personalidades del mundo académico y literario, como, por ejemplo, Jorge Guillén, la viuda de Amado Alonso, el hermano y la cuñada de Federico García Lorca, Gonzalo Sobejano, Francisco Ayala, Américo Castro, y, en fin, una larga lista de escritores y profesores españoles con residencia permanente en Estados Unidos a mediados de la década de los sesenta. Y entre ellos, descuella la figura de Ramón J. Sender.¹⁰

Para la autora fue un acontecimiento memorable hallarse ante el creador de *Crónica del alba*, a su juicio “la novela más importante del último cuarto de siglo nuestra literatura”¹¹. Esta cita entre ambos autores es contada con gran intensidad, en el relato son subrayables los trazos críticos sobre la dictadura española que le niega el reconocimiento al novelista aragonés, al que se impide publicar en su país:

No olvidaré nunca aquella cena con Sender y Dorothy McMahon. Sender quería saber todo de España. Recordaba casi la forma de las piedras del Alto Aragón. Las calles, los rincones de Madrid, el nombre de los cafés... En Norteamérica, y también en la América Latina, el nombre de Sender nunca ha sufrido eclipse. Sin embargo, su público es el público español. Escribe para españoles y cosas españolas hasta cuando trata temas americanos. Es hora de que España le rinda el eco de sus lectores. Me sentía emocionada de hablar con aquel hombre, a quien el trasplante a otras tierras no había anquilosado ni parado en una hora literaria; un hombre que seguía haciendo vida y literatura con toda su potencia creadora. Fueron unas horas indescriptibles porque, sencillamente, hablábamos, y en la conversación, aparte del humor, las anécdotas y la brillantez que ponía en ellas Sender, notaba algo como una emoción de personas de la misma familia que no se han visto durante años y de pronto se encuentran.¹²

En ese enriquecimiento cultural que supuso este primer viaje a los Estados Unidos de Carmen Laforet, que retrata en *Paralelo 35*, se produce el otro gran encuentro emotivo de la autora. En este caso, con los canarios de Luisiana. No se trata, como en el caso de Sender, de una persona en concreto que la autora ansiaba conocer personalmente después de muchos años de contacto por cartas. Ahora se trata de un colectivo, pero concurren ciertas similitudes: el afecto y el trasfondo de la emigración forzada hacia el país americano.

“LOS PESCADORES CANARIOS”

El título de este apartado corresponde con el que le dedica Carmen Laforet, en *Paralelo 35*, a su visita a la isla Delacroix, en el tramo final del Mississippi. La autora, como muchos canarios, incluso en la actualidad, no conocía el papel que habían tenido sus paisanos en el poblamiento de esa zona de

7 LAFORET (1976), p. 20.

8 LAFORET (1976), p. 222.

9 Véase LAFORET y SENDER (2003).

10 ROLÓN BARADA (2003), p. 17.

11 LAFORET (1976), p. 156.

12 LAFORET (1976), pp. 157-158.

los Estados Unidos. Lo supo de forma casual, aunque su natural inquietud y su propensión hacia el conocimiento en todos los ámbitos, más en los concernientes a su identidad, la llevó a mostrar un singular interés en saber quiénes eran aquellos personajes que en una pequeña isla —otra vez la isla, como en la que ella creció— mantenían como lengua de comunicación el español¹³:

—Me han dicho que se interesa usted por los habitantes de la isla Delacroix. Yo los conozco. Creo que la isla desapareció o al menos está arrasada después del ciclón Betsy, pero encontraremos a sus canarios.

—¿De veras son españoles canarios?

Un compañero de viaje en el barco que me llevó a Estados Unidos, me había contado que un grupo de descendientes de naufragos españoles conservaban el idioma en una pequeña isla de la desembocadura del Mississippi, pero yo ignoraba que descendiesen de gentes de mis islas.¹⁴

Ignoraba también Carmen Laforet cómo se había llevado a cabo la emigración de estos canarios hacia Luisiana, aunque por supuesto era consciente, como cualquier insular, de la relevancia de la emigración en el archipiélago desde el primer viaje de Colón, que convierte a las Canarias en núcleo tricontinental sobre el Atlántico. De ahí que se establezca el término atlanticidad como vertebrador de su esencia cultural. Las islas Canarias son un espacio de tránsito, lo que las ha llevado a sentirse como parada y fonda de un trasiego interoceánico, un vaivén interminable a lo largo de los siglos, que ha devenido en una sociedad multicultural o mestiza, muy abierta a un sinfín de testimonios de diversas procedencias que confluyen en un mundo plural, esas procedencias se centralizan en tres vértices que dibujan un triángulo sobre el que se va a conformar la atlanticidad de este archipiélago. Esos vértices son Europa, África y América.

Las características que señaló Valbuena Prat como elementos caracterizadores de la poesía canaria —aislamiento, cosmopolitismo, intimidad, sentimiento del mar—¹⁵ se integran claramente en la estructura superior de la atlanticidad. Esos aspectos se aprecian evidentemente en nuestra escritura, pues son connaturales a nuestro devenir histórico, pero también se registran en otras literaturas bañadas por el mar y sometidas a la discontinuidad geográfica. Lo que les otorga categoría distintiva es lo que está por encima, esa mezcolanza de culturas que provienen fundamentalmente de un prisma tricontinental, y ese saber y querer estar en medio de un océano sin la sensación de pánico ni de vértigo en el cuerpo. Carmen Laforet no es ajena a esa atlanticidad, que deviene en cosmopolitismo. Sus padres provenían de Barcelona, la gran capital catalana a la que regresaría como universitaria para cursar Filosofía y Letras. En Gran Canaria, a pesar del amordazamiento que le imponía Blasina, su madrastra, la rebelde adolescente se las arreglaba para sortearlo e integrarse en el barullo ciudadano de Las Palmas y empaparse, con su gran capacidad de observación que nunca perdió, del trasiego mestizo que se observaba en las calles; un trasiego que provenía del puerto, del mar en definitiva. Ese cosmopolitismo inoculado en la isla desde su adolescencia se potenciaba a través de sus lecturas, que iban mucho más allá del localismo. En una entrevista concedida en 1959 a Eugenio Mediano Flores responde a la cuestión de sus referentes literarios:

No tengo una impresión profunda definida. Como novelista, tal vez Chejov. Me gusta su humana profundidad. También Proust, que me ha enseñado mucha psicología experimental. Te voy a enseñar un ejemplar, que yo leía de los catorce a los dieciséis años, allá, en Canarias y que lo tengo acotado de entonces, y hasta dividido en capítulos.¹⁶

13 Véanse sobre el habla de los isleños de Luisiana, entre otros, los estudios de R. R. Mc. CURDY (1950), CORRALES ZUMBADO y CORBELLA DÍAZ (1994), MEDINA LÓPEZ (1995), ALVAR (1998), LESTRADE (1999), ARMISTEAD (2007), SAMPER PADILLA y HERNÁNDEZ CABRERA (2008a) y (2008b) y TRAPERO (2008).

14 LAFORET (1976), p. 203.

15 Véase VALBUENA PRAT (1937).

16 MEDIANO FLORES (1959), p. 10.

Las travesías interoceánicas hicieron, sobre todo, que las capitales portuarias de Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tenerife absorbieran una riada continua de gentes de otros lugares. Unos llegaban y se quedaban, otros que estaban en las islas aprovechaban para salir, los más pasaban por aquí en estancias más o menos largas y continuaban camino. En la relación compendiada que llevó a cabo el Padre Bartolomé de Las Casas del *Diario de a bordo*, de Colón, observamos tácitamente el inicio de las ininterrumpidas, desde entonces, relaciones intercontinentales entre las islas Canarias y América:

Jueves, 9 de agosto

Hasta el domingo en la noche no pudo el Almirante tomar la Gomera, y Martín Alonso quedóse en aquella costa de Gran Canaria por mandado del Almirante, porque no podía navegar. Después tornó el Almirante a Canaria, y adobaron muy bien la Pinta con mucho trabajo y diligencias del Almirante, de Martín Alonso y de los demás; y al cabo vinieron a la Gomera. Vieron salir gran fuego de la sierra de la isla de Tenerife, que es muy alta en gran manera. Hicieron la Pinta redonda, porque era latina; tornó a la Gomera domingo a dos de septiembre con la Pinta adobada.

Dice el Almirante que juraban muchos hombres honrados españoles que en la Gomera estaban con doña Inés Peraza, madre de Guillén Peraza, que después fue el primer Conde de la Gomera, que eran vecinos de la isla de Hierro, que cada año veían tierra al Oeste de las Canarias, que es al Poniente; y otros de la Gomera afirmaban otro tanto con juramento. Dice aquí el Almirante que se acuerda que estando en Portugal el año 1484 vino uno de la isla de Madera al Rey a le pedir una carabela para ir a esta tierra que veía, la cual juraba que cada año la veía y siempre de una manera. Y también dice que se acuerda que lo mismo decían en las islas de los Azores y todos éstos en una derrota y en una manera de señal y en una grandeza. Tomada, pues, agua y leña y carnes y lo demás que tenían los hombres que dejó en la Gomera el Almirante cuando fue a la isla de Canaria a adobar la carabela Pinta, finalmente se hizo a la vela de la dicha isla de la Gomera con sus tres carabelas jueves a seis días de septiembre.¹⁷

Los viajes de Cristóbal Colón fueron, pues, los que iniciaron la senda de los canarios hacia América. Las islas se convirtieron en auténtico banco de pruebas de instituciones políticas, jurídicas, económicas, así como de modelo arquitectónico para las ciudades coloniales que se iban a levantar en América. Este continente se abrió paso en la mente del isleño como un mundo —un nuevo mundo— prometedor. Muchos de los canarios que no poseían tierras o se enfrentaban a situaciones adversas vieron en América una mina de oportunidades. Las sequías, el hambre, las persecuciones políticas, entre otras razones, han motivado durante más de cinco siglos ese trasvase migratorio desde Canarias a los países americanos. En este principio del siglo XXI, con una crisis económica voraz e imperdonable, con unos índices de paro altísimos, de nuevo multitud de profesionales han tenido que cruzar el Atlántico para intentar dar solución a sus angustiadas existencias. Partimos de que la emigración como fenómeno de masas —no es admisible aquí, por supuesto, el viaje placentero, menos aún el vacacional—, se lleva a cabo en situaciones límites que obligan a la partida. De hecho, en la historia de la emigración canaria la clandestinidad es uno de los temas de mayor interés. Tanto la corona española como el gobierno franquista frenaron el flujo migratorio por el temor a la despoblación de las islas. En el siglo XVI, por ejemplo, los frecuentes ataques que se lanzaban desde la costa de África hacia Canarias hicieron que los reyes intervinieran para detener el goteo incesante hacia América. En el siglo XX, en plena posguerra, con la sociedad azotada por la penuria económica de los años cuarenta y cincuenta, y amenazada por las represalias políticas que tristemente se cumplían impunemente, se disparó la emigración clandestina que fue combatida con dureza por las fuerzas policiales. En *Historia de la emigración clandestina a Venezuela*, José Ferrera Jiménez nos detalla un intento migratorio frustrado:

A principios de noviembre o diciembre (la documentación es confusa) quedan abandonados en una playa del sur de Gran Canaria, al parecer en una de las laterales de Morro Besudo, los frustrados emigrantes que iban a embarcar en la balandra “Juanita”, de casco de hierro. El organizador, reincidente, pretendía embarcar con su familia [...] Su procedencia, en casi un 80 por ciento es peninsular. Sastres, carpinteros,

¹⁷ COLÓN (1992), pp. 73-76.

tallistas y gentes de mar proceden de Canarias. Esta fue la última expedición detenida de emigrantes clandestinos a Venezuela.¹⁸

Sin embargo, los canarios de Luisiana son producto de otra estrategia migratoria. En el siglo XVIII la monarquía española había cambiado lo que había sido su política en cuanto a los viajes de isleños hacia América, y no solo deja vía libre a que muchas familias se trasladaran sino que se convirtió en orden real: “[...] un cierto número de familias, normalmente cinco, tuvieron que emigrar por cada cien toneladas de comercio con las colonias caribeñas”¹⁹. En este contexto, digamos de exportación forzada de los canarios hacia América, se establece el asentamiento de los isleños en el territorio de Luisiana, un espacio que fue colonizado por franceses, españoles e ingleses. Este hecho, unido a que fue uno de los lugares en los que el comercio de esclavos procedentes de África fue más intenso, produce el inevitable mestizaje que se asienta firmemente en sus sustratos, formando uno de los estados culturalmente más ricos de los Estados Unidos. Gilbert C. Din incide en las causas reales del aporte de canarios a Luisiana:

El envío de colonos de las Islas Canarias a Luisiana provenía en gran medida del deseo español de proteger y poblar aquella provincia enorme pero virtualmente vacía [...] Consciente de que Luisiana se enfrentaba ahora a mayores peligros, la corona española procedió a una lenta concentración de tropas, artillería y municiones en aquel lugar. Asimismo ordenó la creación de un segundo batallón, la corona autorizó el reclutamiento, en las Islas Canarias, de setecientos soldados, dando preferencia a hombres casados. Con intención de asentamiento permanente, la propia corona pagaría el transporte hasta Luisiana de las mujeres, los inmigrantes y sus familias lograrían varios objetivos para la corona: las ampliaciones de las defensas militares, la promoción del comercio y la industria y el incremento de la población española de la provincia. El alistamiento de los reclutas en las Islas Canarias se puso en marcha de forma inmediata.²⁰

Aunque nuevas aportaciones posteriores de otras zonas de la geografía española —se recogen de Andalucía, Santander, Galicia y Cataluña—, fueron incrementando la población hispana en la Luisiana, el hecho de que el grueso fuera de las Canarias hizo que se desarrollara allí un ámbito microcultural que conservaba las enseñanzas más identificadoras del archipiélago, sobre todo su habla, su natural acento. Fue construyéndose sobre la base de la imagen del archipiélago del cual habían partido. En 1992, escribía Samuel G. Armistead: “Posiblemente varios cientos de individuos de 50 años o más hablan aún el español isleño con cierta fluidez. En contraposición a esto, ninguna de las jóvenes generaciones parece si quiera comprender la lengua”²¹. Ante esta desalentadora realidad, probablemente condicionada por la supremacía del inglés en todos los órdenes, especialmente en el sector de un trabajo que ya no es desarrollado en los límites de esa comunidad, el propio autor señala, por el contrario, la existencia de una identidad que se quiere preservar:

No hay duda alguna de que, en la actualidad, el español de la parroquia de St. Bernard está en grave peligro. Pero a pesar de esto, existe un sentimiento profundo de orgullo cultural y de conciencia de su historia. Se ha construido un museo isleño en el pueblo de St. Bernard y se están grabando entrevistas con los miembros más ancianos de la comunidad, tanto en cintas magnetofónicas como en vídeo, que luego se archivan en el museo.²²

La aportación de Carmen Laforet a este asunto nos demuestra que en 1965 la pervivencia del habla isleña en la isla Delacroix, en la desembocadura del Mississippi, era una realidad. La autora, en su periplo por los Estados Unidos, llega a Nueva Orleans. Lo primero que va a llevar a cabo, el primer episodio que relata de la visita a esta ciudad —donde palparía muy bien el conflicto racial y disfrutaría enormemente

18 FERRERA JIMÉNEZ (1989), p. 199.

19 DIN (2010), p. 25.

20 DIN (2010), pp. 26-31.

21 ARMISTEAD (2007), p. 55.

22 ARMISTEAD (2007), p. 55.

del jazz que resuena allí por todos lados—, es su encuentro con los pescadores canarios. Ella, a pesar de las informaciones recibidas, todavía no da crédito a que sea posible que en aquel lugar tan lejano de Canarias se halle una población creada por sus paisanos. Más aún, que pervivan sus costumbres provenientes de las islas como testimonios culturales de un tiempo pretérito que han preservado.

No es el momento idóneo para realizar la visita: aquella zona de los Estados Unidos, tan azotada por ciclones o huracanes, ha sufrido recientemente el paso devastador del ciclón Betsy, pero ello no arredra a la novelista, más interesada que nunca en descubrir por sí misma aquel hecho que le parece casi ficción, casi novela. En *Paralelo 35* se advierte el prisma cronístico de Carmen Laforet. Existe en ella una veta periodística, de observadora nata de la realidad, que en esta obra se hace muy patente. Así que al interés particular por conocer a aquellos canarios se le suma el prurito periodístico de observar y dar cuenta de un suceso que le parece verdaderamente extraordinario. El contacto en Nueva Orleans que le facilita la información y que se encarga de trasladarla es la señora O. F.²³ Laforet describe con minuciosidad el espacio que ve, consigue transportar a los lectores hacia el Mississippi y las tierras de sus orillas, sin dejar de mencionar los estragos que han sufrido:

Hacia una mañana espléndida, y la señora O. F. condujo el automóvil hacia las afueras por una carretera entre los *bayou*, los canales de los meandros pantanosos del Mississippi.

La isla Delacroix y otras son producto del arrastre de tierras por esta desembocadura. Entre los canales estancados hay caimanes, serpientes y nutrias, y los cazan para aprovechar las pieles. Me pareció, al saberlo, que olía a caimanes, serpientes y nutrias, y lo que olía era el fango humeante al sol.

O. F. me señaló las huellas del terrible huracán: árboles tumbados con las raíces al aire. Casas destrozadas que habían volado por encima de los alambres telegráficos, un cementerio de aparatos domésticos recién rescatados del río y automóviles destrozados sobre el fango. El ciclón había pasado sobre Nueva Orleans dos meses antes. La ciudad quedó cubierta de barro y en las calles se vieron caimanes arrojados de sus guaridas por la inundación, despavoridos.²⁴

Uno de los grandes retos que tuvieron que afrontar aquellos colonos isleños, que llegaron a Luisiana para poblar aquellas tierras para la corona española, fue enfrentarse a un medio totalmente diferente al que habían dejado en Canarias. Tampoco vieron los fértiles e interminables campos que pudieron contemplar los que arribaban, por ejemplo, a Cuba o a Venezuela. Ellos fueron obligados a integrarse en un medio terriblemente hostil, inhóspito y desconocido. Precisamente, esta fue una de las principales razones por las que se tuvieron que reclutar a la fuerza; sabían que eran trasladados a un lugar muy alejado de donde poder encontrar El Dorado, ni siquiera cruzaban el Atlántico con la ilusión de hallar la tierra de la prosperidad de la que hablaban. Pasaron de unas islas donde solo corrían los barrancos a habitar los anegados y fangosos terrenos que bañaba el Mississippi. Fue una experiencia de supervivencia la que tuvieron que acometer, tuvieron que aclimatarse a aquel entorno geográfico que les exigía diferentes modos de subsistencia a los que estaban acostumbrados en Canarias. En el hábitat de los pantanos no solo aprendieron a vivir junto a caimanes, nutrias, serpientes y otros animales propios de este entorno, sino que se especializaron en cazarlos. Muchos de los canarios se dedicaron a ser tramperos que comerciaban con las pieles de sus presas. También se hicieron pescadores, una tarea de amplio recorrido en Canarias, pero en un contexto físico distinto, la desembocadura de un gran río, el Mississippi:

La vida económica de los isleños estuvo íntimamente ligada, y hasta cierto punto aún lo está, al Delta y su ecología. La marisma (*la plería*) es, en todas sus facetas, parte integral de la vida isleña. Estas gentes lograron desarrollar una admirable y perfectamente regulada simbiosis con su entorno. Su conocimiento de las marismas, en las que viven y trabajan, y de los que algunos de ellos aún extraen su difícil subsistencia, es total y absoluto. Todo animal, pájaro, reptil, pez, molusco, insecto o especie botánica de la zona tiene su nombre isleño específico, y alguno de éstos, incluso en nuestros días, siguen siendo de vital importancia en la vida del isleño. Tradicionalmente, y según la temporada, los isleños han sido

²³ En *Paralelo 35*, algunos nombres están señalados solo con las iniciales; otros, en cambio, no. Entendemos que en el primer caso se hace para mantener en secreto la identidad, bien porque se lo hayan solicitado a la autora, bien porque esta lo considere pertinente.

²⁴ LAFORET (1976), p. 204.

tramperos de ratas de agua, cazadores de caimanes, recolectores de camarones y ostras, cangrejeros y pescadores.²⁵

No cabe duda de que este proceso migratorio es uno de los ejemplos más evidentes de la capacidad del ser humano para transformarse según las exigencias de los ambientes que lo determinan. En aquel lugar destrozado por el huracán Betsy, la búsqueda de los isleños se hizo más infructuosa, pero dieron con ellos al fin y Carmen Laforet pudo contemplarlos y, sobre todo, escucharlos y hablar con ellos. Los reconoció como miembros de una comunidad con la que tenía algo en común, su pertenencia al archipiélago del que partieron:

En un campamento de casas rodantes se habían refugiado familias que quedaron sin vivienda por el huracán. El gobierno les había prestado aquellas casas y dinero para reconstruir las suyas, dinero que tenían que ir devolviendo mes por mes.

A la señora O. F. le parecieron “españoles” los que se veían en aquellas autoviviendas. Nos acercamos, les hablamos en español y, en efecto, contestaron con acento canario. Eran los habitantes de Delacroix, pescadores descendientes de los naufragos.

Los más viejos ni siquiera hablaban inglés y todos conservaban el deje de nuestras islas Canarias, y ninguno las había visto jamás. Ninguno de aquellos con los quienes hablé había nacido en España, ni los más ancianos. El español con acento canario era como un idioma de tribu, de intimidad. En la isla Delacroix lo adquirirían por herencia y por matrimonio.

—Hay muchos, muchísimos apellidos españoles en Nueva Orleans, pero en su mayoría afrancesados o americanizados. ¿No sabías que Nueva Orleans en su origen tuvo tanta influencia española como francesa?²⁶

La referencia de que aquellos isleños fueran descendientes de canarios que habían sufrido un naufragio se la da a Carmen Laforet un compañero del viaje en barco a los Estados Unidos. Es posible que fuera así, pero atendiendo a los diversos estudios históricos que sobre el asunto de los canarios de Luisiana se han escrito²⁷, en todo caso habría que enmarcarlo, no como un acontecimiento singular, sino dentro del contexto del obligado proceso migratorio ejecutado por la corona de España para fortalecer su presencia en Luisiana. Si fue un naufragio, lo fue de un barco lleno de canarios cuyo destino marcado era recalar en esas tierras.

Carmen Laforet, que tan bien conoce ese acento de los isleños que ella adquirió en Canarias, donde se crio desde los dos años y donde residió hasta un día antes de cumplir los dieciocho, los identifica sobre la marcha desde que los oye. No en vano, reconoce en ese aspecto de carácter lingüístico el elemento básico de su identidad —“El español con acento canario era como un idioma de tribu, de intimidad”—. En Luisiana no solo pervive el acento de aquellos canarios que en el siglo XVIII fueron enviados desde Canarias, también perviven los nombres, apellidos —al decir de la acompañante de Laforet, “en su mayoría afrancesados o americanizados”; sin embargo, no lo parece tanto cuando vemos los informantes que han utilizado los estudiosos en la materia—, elementos morfológicos, sintácticos y léxicos. En este campo, merece especial atención los guanchismos, términos procedentes de los guanches, pueblo aborigen prehispánico de Canarias. Manuel Alvar, en *El dialecto canario de Luisiana*, hace una cala en esos escasos, pero significativos guanchismos: “*gofio*, comida típica de las Islas y que Armistead ha evocado emocionadamente, *beletén* ‘calostro’, *guirre* ‘ave carroñera’”.²⁸

A pesar de que Carmen Laforet sea consciente de que está redactando una crónica periodística, no puede dejar de traslucir en estos momentos la emotividad del reencuentro con unos canarios, que la conmueven por verlos allí y conocer su historia de exilio forzado y de difícil supervivencia, y también por

25 ARMISTEAD (2007), pp. 54-55.

26 LAFORET (1976), pp. 204-205.

27 Véase, entre otros, además del citado trabajo de S. G. ARMISTEAD (2007), los estudios de J. M. SANTANA PÉREZ y SÁNCHEZ SUÁREZ (1992), PÉREZ VIDAL (1995), BALBUENA CASTELLANO (2007) y DIN (2010).

28 ALVAR (1998), p. 100.

traerle a la memoria “nuestras islas Canarias”, de “mis islas”²⁹. Son muchos los documentos donde la autora muestra su querencia y su identificación con la tierra en la que crece —el telurismo es una de los constantes de su narrativa—; muchos también son los testimonios de los que la conocieron y han dado cuenta de esa relación que mantuvo abierta hacia Canarias —“la autora siempre se sintió intrínsecamente canaria. Sus padres la trajeron a Las Palmas de Gran Canaria cuando tenía solo dos años. Así pues, respiró y asimiló el ambiente isleño con toda naturalidad [...] Su forma de hablar no se diferenciaba en lo más mínimo de la de los demás isleños”³⁰—; pero queremos entresacar de ese amplio conjunto de alusiones la dedicatoria que escribe para *La isla y los demonios*, su segunda novela ubicada en Gran Canaria. Creemos que es lo suficientemente explícita:

A Carmen Castro de Zubiri, que con su admirable abnegado sentido de la amistad ha contribuido, en gran parte, a que este libro pueda ver la luz. Con admiración y cariño.

A mi padre, arquitecto de Las Palmas.

*A todos los parientes y amigos que tengo en la isla, donde pasé los mejores años de mi vida... Sin demonios.*³¹

Más allá de la emotividad que, es obvio, concurre en las páginas de *Paralelo 35* cuando Carmen Laforet relata su visita a la isla de Delacroix para conocer a los isleños de los que le habían hablado, este texto, que se inserta en una crónica amplia de su primer viaje a los Estados Unidos —un verdadero El Dorado cultural para la novelista—, ofrece un aporte vivido, real, que contribuye a las indagaciones sobre el hecho histórico del proceso migratorio de los canarios hacia Luisiana, que no merece ser olvidado pues forma parte de la intrínseca identidad de este archipiélago de Canarias. Un archipiélago en el centro del Atlántico, en el centro de las rutas interoceánicas que cambiaron la faz del mundo; un archipiélago que se ha visto inmerso en un continuo trasvase de ida y vuelta que lo ha configurado como un territorio mestizo. Este aporte de Carmen Laforet tiene, por otra parte, una diferenciación especial: está escrito por una de las novelistas más importantes de la literatura española del siglo XX, todo un aval.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, M. (1998). *El dialecto canario de Luisiana*. Las Palmas de Gran Canaria: Consejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias y Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
- ARMISTEAD, S. G. (2007). *La tradición hispano-canaria en Luisiana*. Las Palmas de Gran Canaria: Anroart.
- BALBUENA CASTELLANO, J. M. (2007). *La odisea de los canarios en Texas y Luisiana*. Las Palmas de Gran Canaria: Anroart.
- BÉTHENCOURT MASSIEU, A. de (2012). “Mi paso por el Ateneo matritense”, en VV. AA. *Testimonios personales*. Madrid: Ateneo de Madrid.
- CABALLÉ, A. y ROLÓN, I. (2010). *Carmen Laforet. Una mujer en fuga*. Barcelona: RBA.
- CEREZALES LAFORET, C. (2009). *Música blanca*. Barcelona: Destino.
- CEREZALES LAFORET, M. (2008). “La isla”. *Caleta*, Segunda Época, núm. 14, pp. 87-88.
- CEREZALES, A. (1982). *Carmen Laforet*, Madrid: Ministerio de Cultura.
- COLÓN, C. (1992). *Diario de a bordo*, Barcelona: Océano.
- CORRALES ZUMBADO, C. y CORBELLA DÍAZ, D. (1994). *Diccionario de las coincidencias léxicas entre el español de Canarias y el español de América*. Santa Cruz de Tenerife: Cabildo de Tenerife.
- DIN, G. C. (2010). *Los canarios de Luisiana*, Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria.
- FE, M.^a D. de la (2005). “Prólogo”, en LAFORET, C. *La isla y los demonios*. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea, pp. 7-20.
- FERRERA JIMÉNEZ, J. (1989). *Historia de la emigración clandestina a Venezuela*. Las Palmas de Gran Canaria: Ferrera Jiménez.
- GONZÁLEZ SOSA, M. (2008). “Carmen y su Isla”. *Caleta*, Segunda Época, núm. 14, pp. 13-17.
- JOHNSON, R. (1981). *Carmen Laforet*, Boston: Twayne Publishers.
- LAFORET, C. (1961). *Grand Canary* (trad. John Forrester). Barcelona: Noguer.
- LAFORET, C. (1976). *Paralelo 35*. Barcelona: Planeta.
- LAFORET, C. (2005). *La isla y los demonios*. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.

²⁹ Véase nota 14.

³⁰ FE (2005), p. 14.

³¹ LAFORET (2005), p. 23.

- LAFORET, C. (2008). “Puerto de La Luz”. *Caleta*, Segunda Época, núm. 14, pp. 89-91.
- LAFORET, C. y SENDER, R. J. (2003). *Puedo contar contigo. Correspondencia*. Barcelona: Destino.
- LESTRADE, P. M. (1999). *Trajectories in Isleño Spanish with special emphasis on the lexicon*, Alabama: University of Alabama, ProQuest Dissertations.
- MARTÍN GARZO, G. (2008). “La memoria amorosa”, *Caleta*, Segunda Época, núm. 14, pp. 83-85.
- Mc. CURDY, R. R. (1950). “Los isleños de la Luisiana. Supervivencia de la lengua y folklore canarios”, en *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 21, pp. 471-591.
- MEDIANO FLORES, E. (1959). “Cada vez que hago una novela aprendo de nuevo a escribir”, *Falange*, 18 de enero, p. 10.
- MEDINA LÓPEZ, J. (1995). *El español de América y Canarias desde una perspectiva histórica*. Madrid: Verbum.
- PALOMO, M.^a del P. (1958). “Carmen Laforet y su mundo novelesco”. *Monteagudo*, núm. 22, pp. 2-8.
- PÉREZ VIDAL, J. (1955). “Aportación de Canarias a la población de América”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. I, pp. 353-374.
- QUEVEDO, F. J. (2012). *Regreso a La isla y los demonios de Carmen Laforet*. Valencia: Aduana Vieja.
- ROLÓN BARADA, I. (2003). “Introducción”, en LAFORET, C. y R. J. SENDER, *Puedo contar contigo. Correspondencia*, pp. 13-27. Barcelona: Destino.
- ROLÓN BARADA, I. (2008). “Recordando a Laforet”. *ABC*, 11 de febrero, pp. 86-89.
- ROSENVINGE, T. y PRADO, B. (2004). *Carmen Laforet*. Barcelona: Omega.
- SAMPER PADILLA, J. A. y HERNÁNDEZ CABRERA, C. E. (2008a). “La Luisiana”. *Enciclopedia del español en los Estados Unidos. Anuario del Instituto Cervantes*, 2008, pp. 75-79.
- SAMPER PADILLA, J. A. y HERNÁNDEZ CABRERA, C. E. (2008b). “El español isleño”. *Enciclopedia del español en los Estados Unidos. Anuario del Instituto Cervantes*, 2008, pp. 390-409.
- SANTANA PÉREZ, J. M. y SÁNCHEZ SUÁREZ, J. A. (1992). *Emigración por reclutamientos. Canarias en Luisiana*. Las Palmas de Gran Canaria: Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
- TRAPERO, M. (2008). “Con la muerte de Irván Pérez desaparece el dialecto canario de Luisiana”, en *La Provincia. Suplemento Cultura*, 10 de abril, p. V/49.
- VALBUENA PRAT, Á. (1937). *Historia de la poesía canaria*, tomo I. Barcelona: Universidad de Barcelona.